

IV.

Seguia el estudiante dado á todo el infierno con la tardanza de don Félix.

—Si estaré haciendo un papel de sainete?---- Caracoles! esto me desespera---- ya van tres embozados que se cuelan en esta casa misteriosa y yo aquí viendo las estrellas y bebiendo los vientos; vamos que estoy divertidísimo---- ¿qué hará Rosalía?---- nada, estará tal vez durmiendo, soñando conmigo á quien ama de todo corazón; ¡pobrecilla!---- ha sufrido los horrores del viaje con tanta resignación, que verdaderamente me trae loco de cariño---- no esperaba yo una fortuna semejante---- bonita, rica, y de buen corazón, he aquí elementos contrarios, que vienen á confluír en una sola alma, en la de mi Rosalía.... ¿pero por qué soy tan bruto de dejarla bajo la buena fé de esa muchacha hija del tío Pablo? --- Es cierto que me ha parecido una buena persona y no hay que dudar de su honradez; pero si yo estaba siempre al lado de mi novia ¿por qué dejarla separada de mí?---- soy un hipopótamo, un cafre, un hotentote!---- Aunque visto por otro lado, el peligro era inminente: amar á una mujer---- idolatrarla, mirarse en sus ojos, beberse en su aliento y vivir solo con ella, enteramente solo, es exigir á un hombre mas de lo que puede hacer---- Canastas! ha habido veces que me he salido de la casa y echado á andar como un loco por la ciudad como si alguien me siguiera---- Dios me perdone! pero---- no, no, Rosalía no conoce aún lo grande de mi sacrificio---- si su padre estuviera libre y consintiese en nuestro enlace, seria capaz de darle un abrazo y hasta un beso---- si se dejaba.

Las dos de la mañana sonaron pausadamente en el reloj de la catedral.

—No espero mas, la hora ha sonado, acaso don Félix haya corrido un bromazo. Loado sea Dios que me proporciona saberlo.

Dirigióse resuelto Antonio Pedraja al postigo, y llamó con la culata de la pistola.

Esperó algunos minutos, asomóse por la cerradura y nada percibió; era tan oscura la noche que su mirada no pudo penetrar las tinieblas.

Tocó con mas fuerza y el mismo silencio volvió á responder á sus llamados.

—Esto pica en historia, dijo el estudiante, y no se han de burlar de mí.

Buscó un par de piedras que halló en el momento, y una tras otra las dejó ir contra la puerta con tal furia, que la madera saltó en pedazos.

Al ruido acudieron varios embozados que habia dentro de la casa.

—¿Qué se os ofrece? preguntó uno de ellos.

—Que abrais.

—¿Y con qué derecho os permitís hacer pedazos la puerta de una casa que no os pertenece?

—Es que busco á una persona.

—Aquí no hay nadie á quien voz conozcais, idos pronto, ú os rompo las costillas.

—¿A mí, so canalla? gritó el estudiante, y precipitándose sobre el desconocido le dió en la cara con el cañon de la pistola.

—Traicion! gritó el herido, y sacando su espada se lanzó sobre el estudiante que lo recibió con la suya.

El grupo de embozados atacó á Pedraja y él se defendió valerosamente.

Cuando se vió acosado, se apoyó en retaguardia en un ángulo del patio, y sacando violentamente las pistolas hizo dos disparos á quemarropa sobre sus perseguidores.

A la detonacion, salieron dos caballeros y se aproximaron al lugar del drama.

—¿Qué pasa? dijo uno de ellos.

—Excelentísimo señor, que ese miserable se ha permitido asaltar la casa.

—Demonio! el virey! murmuró el estudiante, y se despojó del sombrero.

—¿Qué quereis? preguntó Branciforte.

—Señor, dijo Pedraja, el lance es muy sencillo, hace una hora que el capitán de vuestra guardia llamado don Félix de Quintanar, ha entrado en esta casa dándome la consigna de entrar por él si á las dos horas no habia salido; la hora ha sonado y cumplo fielmente con mi comision.

—¿Qué, don Félix se encuentra en esta casa?

—Sí, señor.

Branciforte, que era hombre de mundo, comprendió desde luego lo que pasaba.

—No es extraño, dijo por lo bajo al inquisidor, la resistencia obstinada de vuestra sobrina; decidle que no volveré mas á importunarla, que la dejo entregada á los resentimientos de la reina María Luisa, á quien escribo esta misma noche dándole parte de su resurreccion.

—Señor, dijo Clavijero aterrado, me comprometéis!

—Eso nada importa, señor Nuñez de Clavijero.

—Señor, murmuró el inquisidor, dejo este negocio encomendado á vuestra prudencia.

—Fiad en mí, señor don Pedro fiad, que os dejaré del todo satisfecho.

El virey seguido de los embozados se alejó de la casa del tío Pablo, resuelto á vengarse á todo trance.

Don Pedro Nuñez de Clavijero se vió perdido desde aquel momento, no quiso ver á su sobrina por temor de una repulsa, y dijo á Pedraja:

—Vámonos, caballero, el capitán saldrá cuando le diere la gana.

—No me moveré de aquí hasta no ver á don Félix.

—No paseis pena por él, que en este momento estará mas bien de lo que podeis imaginar.

Subiósele la sangre á la cabeza al estudiante, su vista se turbó, quiso articular, pero sus mandíbulas se mantuvieron rígidas como las de un epiléptico; era que un pensamiento siniestro habia cruzado por su ardiente imaginacion.

—Sosegaos, jóven, sosegaos, dijo Clavijero, y seguidme si no la quereis pasar mal en esta infernal casa.

—He dicho que no saldré sin ese hombre, gritó furioso Pedraja.

El inquisidor se alejó sin hacer aprecio del insensato, y se marchó á su casa resuelto á ver á don Blasco, y contarle lo que le acontecia, que era sumamente grave.

V.

Don Félix conducido por Luisa entró, como hemos visto, en el aposento de Rosalía.

La infeliz jóven estaba intranquila, todo lo que pasaba en derredor le parecia extraño y misterioso; no obstante, la presencia del capitán la reanimó, porque veia en él á su salvador.

—Señora, dijo don Félix, siento haberos molestado; pero en estos momentos necesito ocultarme en este cuarto que os sirve de habitacion.

—Caballero, despues del lance de esta noche seria la mujer mas ingrata si os atribuyera miras innobles.

—Me haceis justicia.

—Sentaos, caballero.

Don Félix se aproximó á la jóven con aire galante y la dijo en tono de intimidad:

—Teneis á vuestro lado al mejor de los amigos; en lances menos empeñados he jugado mi existencia, para no ofrecerla hoy á la mas hermosa y buena de las mujeres.

Rosalía sintió una turbación desconocida.

—Sé que sois la novia de un joven, prosiguió el capitán, que os encontró por una gran fortuna cuando menos lo esperaba.

—Caballero, mi historia es bien triste, y mi porvenir es más oscuro todavía.

—Contadme, señora, acaso pueda hacer mucho por vos, á pesar de que mi condición es humilde.

—Sabed, capitán, que no tengo un ser á quien volver mi rostro, que estoy sola y desamparada, os ruego que no juzguéis mal de mí.

—Me basta oír vuestro acento y ver la pureza de vuestra frente angelical, para adivinar quien sois.

—He huido, no por las seducciones de un amante, sino al terror espantoso de la Inquisición; sí, capitán, cuando he oído intimar á mi padre un mandato de ese tribunal, entonces Dios me ha prestado valor para abandonar mi casa.

—Y el joven objeto de vuestros amores?

—Por una casualidad feliz le encontré en el camino.

—Casualidad feliz! murmuró don Félix.

—La joven que me ha dado albergue asegura que Antonio....

—Sí, interrumpió el capitán, vuestro novio ha hecho conmigo las amistades, y yo le acompañaba cuando os arrebatamos del lado de aquella mujer que os llevaba no sé donde.

—Luego Antonio está cerca de mí?

—Tan cerca, señora, que temo mucho se comprometa en el lance.

Rosalía se puso á temblar de miedo.

—Sosegaos, señora, ya lo sacaré adelante de esta aventura; por no comprometer á la mujer que amo, tengo que estar aquí en silencio; pero el corazón no me cabe ya dentro del pecho.

—¿La mujer que amais, capitán?

—Sí, ¿vos no amais acaso?

—Es cierto.

—Pero vuestro amor, dijo el capitán con entusiasmo, es gran-

de, es sublime, encuentra un eco en el pecho de un hombre donde vive vuestra imagen, donde resuena vuestra voz con el acento de los ángeles, mientras el mío es triste, desesperado.... lleno de amargura!

—Sufrió, capitán?

—Tanto, señora, que deseara morir si no me alentara una esperanza ligera.

—Vos morir, don Félix?

—Sí, la vida es una carga insostenible, daría mi posición en cambio de la de Antonio, él al menos....

—Me duele vuestro dolor, don Félix.

En aquel momento se oyeron las detonaciones de las pistolas de Pedraja.

Rosalía se refugió en los brazos del capitán, que tiró de su espada y esperó á que entrasen los que reñían en el patio.

VI.

Ya hemos visto salir al virey y al inquisidor, dejando al estudiante dueño absoluto del terreno, sin inquietarse tan altos personajes de lo que pudiera acontecer entre aquel loco y los guardianes de Amparo.

Cuando la escolta del virey desapareció, dos hombres se acercaron al estudiante en son de amenaza.

—Atras! gritó Pedraja trazando rápidamente un círculo con su espada.

—Salid! dijo uno de los enemigos del estudiante, y no armeis camorra.

—He de entrar ¡vive Dios! hasta dar con el capitán don Félix de Quintanar.

—Aquí no ha entrado ese caballero.

—Por los cuernos de Satanás! que le he visto penetrar por este postigo.

—Os habreis equivocado.

—No estoy por sostener disputas, dejadme el paso!

—A él, gritó uno de los desconocidos, y cinco ó seis embozados salieron de las sombras del patio y se lanzaron sobre el estudiante, que iba perdiendo terreno y retrocediendo hasta apoyar su espalda en una puerta, que se abrió al empuje de su cuerpo.

Los hombre se detuvieron.

Entonces Pedraja vió á Rosalía desmayada en brazos del capitán.

El furor apagó la luz de su inteligencia, tuvo celos terribles de aquel hombre y le gritó como un furioso:

—Defendeos, miserable!

Don Félix comenzó á defenderse de los bruscos ataques del estudiante.

Rosalía cayó en el suelo sin sentido.

—Ya estoy espedito, exclamó el capitán; ved lo que haceis, estais sufriendo una alucinacion espantosa.

—Os tengo de matar, gritó Pedraja lleno de ira.

—Pues sea, respondió don Félix, y se trabó un combate desesperado.

Al ruido de aquella zambra de cuchilladas, Amparo salió de su aposento con una bujia y vió al capitán dándose de estocadas con un desconocido.

Los combatientes seguian el duelo con un encarnizamiento horrible.

—De repente el capitán bajó el brazo de la espada y llevó su mano izquierda al costado.

—Me habeis muerto! balbutió, y cediendo al dolor de la herida se desplomó agonizante.

Amparo dió un grito de espanto, Rosalía se puso de rodillas con un terror pánico.

—He ahí vuestra obra! dijo con tono siniestro el estudiante,

y poniendo en la vaina su tizona, se echó fuera de la casa sin que nadie se atreviese á detenerle el paso.

VII.

El apóstrofe del estudiante hizo á Amparo volver la vista, y se encontró sorprendida delante de Rosalía, á quien la emocion producida por las palabras de Antonio, le habia dado á su rostro el interes dramático de una trágica.

Las dos mujeres se vieron de hito en hito.

Amparo sintió en su alma el infierno de los celos.

Rosalía se acercó al capitán y puso su mano delicada sobre el pecho que palpitaba aún.

Amparo se acercó á su vez á su amante, celosa de que otra mano que no fuese la suya se posara sobre aquel hombre.

Parecia que aquellas dos mujeres se disputaban un cadáver.